



B39

Nueva Literatura Latinoamericana

Selección de
Darío Jaramillo (Colombia)
Leila Guerriero (Argentina)
Carmen Boullosa (México)

el fakir

Índice

Prefacio: <i>Bogotá39-2017</i> Cristina Fuentes	11
Prólogo: <i>Los dueños del baile</i> Margarita Valencia	13
<i>Viejas noticias de uso</i> Carlos Manuel Álvarez	21
<i>Así conocí la nieve</i> Frank Báez	31
<i>Tal vez un animal</i> Natalia Borges Polesso	41
<i>Un mundo huérfano</i> Giuseppe Caputo	51
<i>Una época sin malas noticias</i> Juan Cárdenas	57
<i>Delirio colectivo (irrelevante) en El Cajas</i> Mauro Javier Cárdenas	69
<i>Árbol de Navidad</i> María José Caro	77
<i>¡Soldados, lleven todo de regreso a casa!</i> Martín Felipe Castagnet	85

<i>Chaco</i>	
Liliana Colanzi	93
<i>Villa Torlonia</i>	
Juan Esteban Constaín	105
<i>Physiologus</i>	
Lolita Copacabana	113
<i>Los días pasados</i>	
Gonzalo Eltesch	123
<i>Las liebres muertas</i>	
Diego Erlan	129
<i>El año del sol negro</i>	
Daniel Ferreira	139
<i>La marcha hacia el sur</i>	
Carlos Manuel Fonseca	149
<i>Tapón / 1981</i>	
Damián González Bertolino	157
<i>Escena en un restaurante de comida rápida</i>	
Sergio Gutiérrez Negrón	165
<i>Grabación 1</i>	
Gabriela Jauregui	173
<i>2004</i>	
Laia Jufresa	181

<i>Obra en construcción</i> Mauro Libertella	189
<i>Cómo piensan las piedras</i> Brenda Lozano	197
<i>Fictio Legis</i> Valeria Luiselli	205
<i>Titanes en la playa</i> Alan Mills	221
<i>Come to raise</i> Emiliano Monge	231
<i>La dentadura de Papi</i> Mónica Ojeda	241
<i>Teresa</i> Eduardo Plaza	257
<i>La estirpe miserable</i> Eduardo Rabasa	265
<i>Formas de evasión</i> Felipe Restrepo Pombo	275
<i>Valentina en las nubes</i> Juan Manuel Robles	285
<i>Familia</i> Cristian Romero	297

<i>Niños</i>	
Juan Pablo Roncone	307
<i>Verano del 94</i>	
Daniel Saldaña París	315
<i>Un hombre sin suerte</i>	
Samanta Schweblin	323
<i>Animales desnudos</i>	
Jesús Miguel Soto	335
<i>56 (la caída)</i>	
Luciana Sousa	343
<i>Raíces</i>	
Mariana Torres	351
<i>Bosques donde no había nada</i>	
Valentín Trujillo	359
<i>Aparato avisador</i>	
Claudia Ulloa Donoso	367
<i>Los naufragos</i>	
Diego Zúñiga	373
Los autores	381

Bogotá39-2017
Cristina Fuentes

La selección de 39 de los mejores escritores de ficción menores de 40 años de América Latina busca celebrar la buena literatura y resaltar el talento y la diversidad de la producción literaria en la región.

Esta segunda lista se publicó el día del décimo aniversario del primer Bogotá39, celebrado en el marco de Bogotá Capital Mundial del Libro 2007. Aquella lista generó un gran interés y contribuyó a una mayor difusión del trabajo de los 39 autores seleccionados, ayudándolos a darse a conocer fuera de sus países e incluso del mundo hispano.

Los participantes de la primera lista fueron los encargados de hacer una primera recomendación de autores para *Bogotá39-2017*. A esos primeros nombres se añadieron los que resultaron elegidos en una convocatoria abierta a más de ochenta editoriales, gestores culturales y críticos del continente, que propusieron más de doscientos escritores.

La selección final corrió a cargo de un jurado compuesto por Darío Jaramillo (Colombia), Leila Guerriero (Argentina) y

Carmen Bullosa (México), a quienes les correspondió la tarea de leer y conversar sobre el trabajo de los autores y hacer la selección definitiva.

Los dueños del baile

Margarita Valencia

La diversidad, tan políticamente correcta, se acomoda entre los textos como si pudiéramos darla por hecha, cuando lo cierto es que riñe con el tejido de historias sobre el cual construimos nuestras vidas y ante el cual moldeamos nuestra imagen. Estas historias quieren que el mundo sea uno solo y uno solo el origen, y su fuerza surge de la convicción de que el pedacito de tierra donde nacimos es el universo todo. En el principio fue Homero. Y de esa fuente han de beber quienes quieran sumar su gota al océano de las historias compartidas.

Al menos eso fue lo que nos enseñaron. Que había una literatura universal y unos afluentes menores, nuestras literaturas nacionales, cuyo caudal se fortalecería con el tiempo hasta que pudieran desaguar en un río principal y en el mar. Eso explica el aura de excepcionalidad que rodea a figuras como Rubén Darío, y que convierte la historia tradicional de la literatura latinoamericana en una descripción más bien plana, interrumpida por unos cuantos hitos.

Pero apareció *Pedro Páramo* (o *La ciudad y los perros*, o *Cien años de soledad* —cada cual tiene un título favorito que a su

parecer inaugura lo que después se llamó el *boom*) y ya no fue posible insistir en la celebración individual y esporádica. Así nació el *boom*, un cajón en el cual se empezó a guardar a toda carrera a los muchísimos y muy dispares escritores latinoamericanos que la edición española ya no podía seguir ignorando y que hacían que el paisaje literario empezara a parecerse más a los Andes que a las costas del Mediterráneo.

La etiqueta era indispensable para mantener viva la impostura de la literatura universal. Y sirvió durante casi todo el siglo XX para darle a la literatura latinoamericana tratamiento de nicho, de subcategoría, y así mantenerla a raya.

Los vaivenes económicos hicieron lo suyo. A mediados del siglo, México y Argentina se habían convertido en potencias editoriales, y a su sombra prosperó en todo el continente una industria modesta que acompañó el aumento de lectores y el fortalecimiento de las voces de los escritores. Las editoriales españolas, ya recuperadas a finales de los cincuenta, se sumaron al mercado y abrieron las puertas de Europa para los escritores latinoamericanos, en momentos en que las literaturas nacionales allí descubrían que la literatura europea se había disuelto.

Pero el *boom* no fue suficiente. La historia de la literatura latinoamericana de la segunda mitad del siglo 20 es la historia de la lucha por salir del gueto.

El encuentro con los escritores que participaron de Bogotá³⁹ en 2007 nos permitió a todos constatar que había habido una vuelta de tuerca. Las voces jóvenes andaban con pasos más firmes, más profesionales si se quiere, se ocupaban más de sí mismas y menos de encontrar un lugar en el mundo. El encuentro

les permitió recuperar lo latinoamericano, apagado por la política de balcanización que adoptaron los grandes sellos editoriales después de los ochenta, según la cual se importaba de España la «literatura universal» y se publicaba a los autores locales para el mercado local.

Cuando se discutió la posibilidad de repetir Bogotá39 en 2017, muchas cejas levantadas opinaron que era demasiado pronto, que diez años no eran suficientes para que hubiera un cambio significativo en la textura literaria de un continente. A juzgar por los escritores que participan en Bogotá39 2017, diez años eran los que faltaban para que la literatura latinoamericana se hiciera cargo plenamente de su potencial.

Estos 39 escritores no son tan jóvenes como sus antecesores: si en 2007 teníamos muchas promesas (uno o dos libros, pocas traducciones, ingresos recientes a los catálogos de las grandes editoriales), ahora tenemos una generación de escritores firmemente arraigados en todo el mundo. De los 39, 25 tienen agente literario; 13 han sido traducidos; algunos escriben en lenguas diferentes al español; varios han sido publicados en países diferentes de su país natal y muchos publican indistintamente en grandes editoriales o en sellos independientes, señal de que han retomado el control de sus carreras literarias.

Las voces que resuenan en esta antología son francamente diversas. Podemos dar cuenta de la aparición de un nuevo realismo más descarnado, más afilado, que aborda lo social y lo doméstico sin ningún tabú, y con un lenguaje que no teme ser cáustico, implacable, duro; del ingreso de lo virtual a la literatura y de la desaparición de la escritura como preocupación de

los escritores; de la franca desintegración de las fronteras entre la ficción y la no ficción, y de la osada exploración de nuevas formas de escribir que se acogen a las formas tradicionales o las subvierten con la misma pericia.

Estos nuevos escritores latinoamericanos ya no están esperando modositos a que los saquen a bailar. Son libres de andar por donde quieran y de hacer lo que quieran, con la tranquilidad que le da a un escritor saber que, por fin, es dueño de su tradición.

La decisión de publicar esta antología en catorce países diferentes (trece ediciones a cargo de editoriales independientes, una edición digital a cargo de la Biblioteca Nacional de Colombia, una edición en inglés) nace de una verdad de perogrullo: la salud del mundo literario depende de la salud de escritores, lectores y editores por igual.

El florecimiento de la edición independiente en América Latina en los últimos diez años expone nuevas formas de circulación de la literatura menos centralizadas y por tanto más diversas, más ricas en propuestas regionales y locales. La selección de las editoriales que participan en el proyecto Bogotá39 se hizo teniendo en cuenta la capacidad de impacto de una pequeña editorial en un nicho y un territorio concretos. La suma de todas ellas cubre un territorio amplísimo que respeta y apoya también la diversidad de los lectores.

La lista final, a la cual se sumó una editorial española y una editorial inglesa, cumple con la expectativa de publicar a un

grupo de escritores jóvenes latinoamericanos en todo el mundo y de promover una conversación literaria de gran resonancia que sostenga y acompañe la fuerza de la literatura latinoamericana contemporánea.

Viejas noticias de uso
Carlos Manuel Álvarez

Tengo 22 años, el pelo negro y lacio, la nariz fina. Mido más de seis pies. Soy hijo de un matrimonio divorciado. Mi padre vive en Miami, se largó hace unos pocos meses, y mi madre hiberna todavía, junto a mi hermana menor, en un pueblo enfermo al interior del país. Yo las suelo visitar aproximadamente un fin de semana cada mes y medio, pero hablamos por teléfono casi a diario. Como norma, siempre tengo hambre, aunque el hambre no es una condición especial mía, sino de los jóvenes cubanos en general.

Los jóvenes cubanos comparten una tez anémica, propia del hambre que no mata, los rasgos secos, cierta expresión ceniza, los gestos lánguidos, y una actitud vivaracha, insistentemente feliz, que se empeñan en cultivar y que contradice todo lo anterior. Los jóvenes cubanos viven nadando contra la corriente del río de sus cuerpos.

Hoy es martes 20, año 16, y en los salones amurallados de la fortaleza Morro-Cabaña, al pie del charco contaminado que es la bahía de La Habana, donde ninguna luna se atreve a reflejarse, la editorial del Gobierno Arte y Literatura está a punto de lanzar

la novela *1984* del autor inglés George Orwell, algo que parece haber dejado a contrapié a todos porque las dictaduras, dicen, no aceptan publicar un alegato feroz que las desenmascare.

Lo comento acá porque en mi periódico no puedo. En fin, no hay que insistir sobre este punto. Es la Semana de la Lectura y Remy Alfonso, jefe de información de Grandpa, me ha sacado de Nacionales y me ha enviado a reforzar el equipo de Cultura. Tengo que cubrir el lanzamiento del libro.

Grandpa es el órgano oficial del partido. Suena demasiado tremebundo pero, en lo que a mí respecta, les puedo decir con total confianza que no lo es. Hace dos semanas me gradué de la universidad y entré al periódico. Me pudo haber tocado una estación de radio, un canal de televisión o un suplemento de la juventud comunista. Me tocó Grandpa básicamente por azar. Es falso que exijan requisitos especiales para ingresar en uno de estos lugares. Mi padre, como ya dije, está en Miami, mantengo una correspondencia regular con él, y aquí estoy, en el aparato de propaganda más longevo del mundo occidental. Nadie piensa que soy nocivo o un paria en potencia.

Recuerdo el día de la ubicación laboral en la universidad. Es el mismo recuerdo compartido por todos los que hemos estudiado periodismo en La Habana durante los últimos cuarenta años. Eran las nueve de la mañana y tenía conciencia de que iba a acaecer un minuto bisagra. Contrario al resto, este es un minuto que, una vez que gira, no tiene vuelta atrás. Son realmente pocos, pero bastan para darle al fluir del universo su condición de imbatibilidad.

Yo sabía que no había ninguna razón que justificara la ansiedad, pero actuamos y creemos que verdaderamente hay cosas

bajo nuestro control. Eso no tiene por qué ser necesariamente triste o condenable. Digo, ¿quién quiere a la larga una responsabilidad tan grande como tener el control de su propia existencia o que sus actos dependan única y exclusivamente de él? Viendo el desastre en que suelen terminar las personas cuando se hacen cargo de sí mismos, no creo que quiera un compromiso así para mí, sinceramente.

Pero ahí estaba el día de la ubicación laboral, muy nervioso, como si hubiese alguna diferencia real entre algunos de los sitios a los que podían enviarme. Me hundí en mi rincón y a nadie le importó demasiado. La facultad de Periodismo era un hervidero de estudiantes despreocupados y felices, también muy tontos. Cerca del mediodía, después de un largo desfile de condiscípulos, alguien dijo mi nombre. Avancé despacio, apenas sin expresión. Abrí la puerta de la oficina y vi un buró con un búcaro moteado, un mantel con filigranas rosas, papelería guardada en expedientes, tres funcionarios detrás del buró, cotorreando entre ellos, y enfrente una silla negra, vacía, casi un trono para que me sentara.

Me invitaron a ponerme cómodo. Reparé de inmediato en el funcionario que parecía presidir el trámite. Le miré profundamente el bigote, como en un plano que se cierra hasta no enfocar nada más. Cuando su boca se abrió y el funcionario dijo a donde habían decidido enviarme, el bigote se movió como una ceja gigante. En el rostro de las personas con bigote nada adquiere más vida que el bigote.

—¿Qué tendré que hacer? —pregunté.

—Escribirás sobre temas nacionales —dijo.

—Me gustaría escribir de deportes.

—¿Te gusta el deporte?

—Sí, me gusta.

—Bien, lo tendremos en cuenta —hizo una pausa—, pero por ahora no podremos complacerte. Escribirás en la página de Nacionales.

Esperé un instante, pero no parecía que se fuera a decir nada más.

—De acuerdo —acepté finalmente.

Me puse de pie y le estreché la mano. Pensé cosas. Actuaba, como es lógico. Aquí se actúa sobre todo de la cabeza para adentro. Tú eres tu público. Estaba feliz de que no me hubieran enviado de vuelta a una emisora rural. Pero enseguida, en cuanto salí a la calle, el cuchillo del hambre me atacó. Y ya eso fue lo único que seguí pensando hasta que un rato más tarde pude comer algo. Tal vez un pedazo de pan, o tal vez un pan entero.

No perderé el tiempo detallando cómo fueron mis primeros días en Grandpa, pues sospecho que es igual a las semanas, los meses o los años que están por venir, y no voy a contar lo mismo dos veces. Ahora son las tres de la tarde, el sudor me pega la camisa a la espalda, y merodeo por las callejuelas adoquinadas de la Cabaña. Aún falta media hora para que comience la presentación de *1984* en una de las salas principales. Mientras, puedo ir describiéndoles un poco este lugar, para que sepan de qué se trata.

Es una fortificación colonial en la cima de una colina escarpada, al pie de la bahía de bolsa de la ciudad, y sus altos